
GRANTA
EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 4
HÉCTOR ABAD FACIOLINCE
JOHN BANVILLE
LYDIA DAVIS
DIAMELA ELTIT
RICHARD FORD
CARLA GUELFENBEIN
PATRICIA HIGHSMITH
LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI
EDUARDO LAGO
CLAUDIO MAGRIS
SANTIAGO RONCAGLIOLO
IDA VITALE
JEANETTE WINTERSON
RAÚL ZURITA
AGUA

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 4

AGUA

GRANTA

EN ESPAÑOL
Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.granta.com.es | info@granta.com.es

NÚMERO 17: PRIMAVERA 2016

NUEVA ÉPOCA 4

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
ASISTENTE DE REDACCIÓN Santiago González
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
WEB Y REDES Jenn Díaz
PORTADA Martín Balzola
AGRADECIMIENTOS Equipo de la Fundación Aquae, Helena Rosa-Trías, Victoria Cirlot, Mercedes Monmany, Lila Azam Zanganeh, Julie Peghini, Pep Bernadas, Luke Neima, Francisco Vilhena, Adriana Martínez, Antonio Monda, Giuseppe Caputo y Pere Ortín

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y DIRECTORA Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Rosalind Porter

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it
GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no
GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se
GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com
GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi
GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com | GRANTA JAPÓN: www.bunjaku.net

Primera edición: abril de 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Depósito legal: 49. 2004
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-93-1
Fotocomposición: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este número de *Granta* en español se ha realizado gracias a la colaboración de Fundación Aquae



ÍNDICE

5 **Pensar el agua**

11 **Acerca del mar**
Claudio Magris

21 **La señora Mandelstam**
Bruce Chatwin

25 **Una vez en la 381**
László Krasznahorkai

41 **La caída de la ballena**
Rebecca Giggs

53 **Busco un hombre**
Marina Perezagua

61 **Orión**
Jeanette Winterson

69 **La otra vida secreta de los barcos**
Anna Badkhen

79 **El imperio del agua**
Sony Labou Tansi

83 **Meandros**
Raúl Zurita, Olvido García Valdés, César Antonio Molina, Joyce Carol Oates, John Banville, Rodrigo Rey Rosa, Ida Vitale, Victoria Cirlot, Guillermo Corral, Chantal Maillard, Richard Ford, Marie Darrieussecq, Frederic Amat, Félix de Azúa, Enrique Vila-Matas, Fernando Savater, William Boyd, Margarita Valencia, Sergio Chejfec, Mercedes Cebrián, Ángel Simón Grimaldos, Xuan Bello, Lila Azam Zanganeh, Gastón Acurio, Mario Bellatin, Lorin Stein, Nuria Amat, Elvira Lindo, Antonio Monda, Samanta Schweblin, José María Merino, Marta Sanz, Nathan Englander, Alberto Ruy Sánchez, Patricia de Souza, Laura Restrepo, Sebastià Jovani, Gary Shteyngart, Rosa Montero, Colum McCann, Lina Meruane, Helen Oyeyemi, Pablo Raphael

117 **Con el agua entre los dedos**
Diamela Eltit

125 **La canilla**
Cynthia Rimsky

131 **Save the robots**
Eduardo Lago

141 **El lago**
Lydia Davis

147 **Escena del crimen**
Patricia Highsmith

151 **El ahogado más triste del mundo**
Héctor Abad

159 **Nefelibata**

177 **Ojos del demonio**
Arturo Fontaine

183 **Ana y el agua**
Carla Guelfenbein

193 **Llorar es lo normal**
Santiago Roncagliolo

215 **Nunca hubo 300 años**
Basilio Baltasar

231 **Las Galápagos, el mar y sus visitantes**
Gabriela Alemán

243 **Evolución tóxica**
Álvaro Soler Arpa

245 **Colaboradores**

Pensar el agua

Así, al llamarlo los hados, echado en las húmedas hierbas,
a orillas del Meandro el albo cisne canta.
Dido a Eneas, *Heroida VII,* Ovidio.

Sólo en una ocasión David Foster Wallace impartió una conferencia sobre su visión de la vida: se trató de la alocución a unos alumnos graduados en Humanidades que se preparaban para abrirse camino en un mundo que preferiría que no se molestaran en pensar por sí mismos. Al parecer los jóvenes que piensan no son ya peligrosos, sino meramente un fastidio. El discurso, que produjo una conmoción tras el suicidio del escritor, se titula «Esto es agua». Comienza con dos alevines que pasan nadando frente a un pez viejo y sabio, el cual los saluda inclinando la cabeza y dice: «Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?». Un alevín mira al otro y pregunta: «¿Qué diablos es el agua?». Foster Wallace conmina a los alumnos a que piensen en los peces y el agua.

Reflexionar sobre el agua inevitablemente remite primero a la idea de la fuente, y a la de la creación. No a los inventos, como los robots, sino a la creación. El agua es vida, podría haber contestado el viejo pez a los alevines, y la respuesta habría sido un puro mediterráneo, pero esa es justo la cuestión para Foster Wallace: «El hecho es que en las trincheras donde tiene lugar la lucha diaria de la existencia adulta –señala–, las perogrulladas pueden tener una importancia vital».

El agua es la *fons et origo*, que precede a toda forma. Lo que los griegos llamaban *arjé*, que significa «fuente» o «principio,» el elemen-

to que compone todas las cosas, que determina el ser propio de cada ente. El presocrático Tales de Mileto fue el primero en concebir la idea, lo que implica que antes de que entendiéramos de química, ya sabíamos que el agua era esencial. De hecho, sabemos más sobre el espacio que sobre las honduras del océano, y es menos peligroso explorar el espacio que las presiones abrumadoras de la profundidad. La naturaleza enigmática del abismo, tan fértil para los poetas y los filósofos, es aún insondable para la ciencia.

Aristóteles puntualiza este concepto de *arjé* en la *Metafísica*: «Y así creen que nada nace ni perece verdaderamente, puesto que esta naturaleza primera subsiste siempre». El agua nos remite a la muerte y al renacimiento, a la purificación, al eterno retorno, el ciclo. Y Plutarco, en su *Moralia* escribe que «todas las cosas tienen su origen en el agua, y en el agua se resuelven todas las cosas. Que todo germen fecundo de los animales es un principio, y que éste es húmedo; por lo que es probable que todas las cosas se originen de la humedad». Su segundo argumento es que las plantas se nutren de agua y cuando se las priva de ella, se marchitan. Los seres humanos se componen de casi noventa por ciento de agua al nacer, un adulto normal se compone de sesenta por ciento, pero esa proporción se reduce más o menos al cincuenta por ciento en la vejez. A medida que la muerte se cierne sobre nosotros, literalmente comenzamos a desecarnos. El tercer argumento de Tales, según Plutarco, es que «el fuego del que están hechos el sol y las estrellas se nutre de las exhalaciones del agua; sí, y el mundo mismo». Hace sólo un decenio, los científicos determinaron que cuando nacen el sol y otras estrellas en el universo se precisa de la presencia de agua interestelar para evitar sobrecalentamientos. Nuestro sol desprende vapor de agua supercaliente para equilibrar su temperatura. Han transcurrido dos mil quinientos años para que la ciencia se ponga al día con esta razonada conciencia filosófica del agua.

La mayoría de los mitos de la creación tienen en su centro la magia del agua. En el Tanaj, en el Génesis, se nos recuerda que en el segundo día Dios separó las aguas abajo de las aguas arriba y llamó cielo a la bóveda. Es el único de los seis días que Dios no afirmó «y que era

bueno», porque las aguas no podían dejar de llorar a causa de su separación y, al ver sus lágrimas, Él también se entristeció. Pensar en la fuente nos remite inevitablemente a pensar en el destino, o *terminus*. ¿Agua, adónde vas? El agua coreografía el comportamiento de la miríada de moléculas biológicas en nuestras células, «es un sueño que no se consuma, que sin cesar transforma la sustancia del ser», escribe Bachelard en *El agua y los sueños*. Orgánicamente la lengua tiene su caudal, su agua en las consonantes. Esta liquidez ofrece un estímulo psíquico singular, una excitación que atrae las imágenes del agua.

Hegel sabía que «cada viaje es un regreso a casa», escribe Steiner en *Gramáticas de la creación*. Odiseo lo supo también. Y el Ismael de Melville y el viejo marino de Coleridge. Los seres humanos han dado forma a la sintaxis hipotética del «si» como una forma de llevar a la ficción la posibilidad o la esperanza ante el hecho escandaloso e inexorable de nuestro destino individual. De nuestra desecación. La sintaxis crea estructuras que nos permitan serpentear y sobrevivir mientras circundamos en espiral hacia el abismo insondable. De las palabras a las oraciones, a la historia, como una red nerviosa, como el diseño de un copo de nieve. Un cristal de agua, como la imaginación, forma imágenes de lo invisible, es una facultad que entona la realidad, la geometría natural, ofrece un atisbo al diseño primordial de nuestra conciencia, la pauta que está en nuestro cerebro, agua en un setenta y cinco por ciento. Son los mitos, la poesía que surca la ola de la vida de una generación a otra, que siguen su curso como un río, como la sangre, cincuenta y cinco por ciento plasma, que es noventa y cinco por ciento agua, tallan el paisaje primordial, la fuente invisible de nuestros sueños. Como el agua que anega los espacios interiores y exteriores de la imaginación. Como transmisor de metáforas el agua es un espejo mudable, escribió Ivan Illich. La niebla, como el aliento, descubre una huella digital oculta en la ventana, la forma de un copo de nieve da cuenta del espacio, el tiempo y los elementos de su despertar. Otro Wallace, el poeta Stevens, en su «El hombre de nieve» escribe: «Hay que tener un ánimo de invierno / para considerar la escharcha y las ramas… Y, en sí mismo nada, contempla / la nada

que no está allí y la nada que está». El agua es una sustancia extraña que desafía las leyes habituales de la química. Es como un caos hasta que una historia creativa viene a ordenarla e interpretarla en la trémula ambigüedad de la vida: se congela, se derrama, refleja, corre estruendosa, canta, mata. En 2004 finalmente expresó la tensión de la corteza terrestre latentemente acumulada durante cientos de años y desató un tsunami en el océano Índico que mató a cientos de miles de personas en Indonesia. Y de nuevo, en Japón, en 2011.

Dado que no hay dos sin tres, mencionemos a otro Wallace, que no sólo piensa en el agua, sino que actúa. El doctor Wallace J. Nichols es un biólogo marino que encabeza una nueva rama de la investigación científica denominada neuroconservación, la cual describe cómo el cerebro reacciona al agua, la ciencia dura y la química tras el estado contemplativo que provoca la proximidad del agua en los seres humanos. Ciento sesenta y cinco años después de que el Ismael de Melville afirmara que «cada vez que en mi alma hay un noviembre húmedo y lloviznoso… entiendo que es más que hora de hacerme a la mar tan pronto como pueda. Es mi sustitutivo de la pistola y la bala». Josep Pla también describió el estado de ensoñación ante el mar: «Para ver el mar es muy útil desdoblarse. La sorda resonancia que llevamos dentro –resonancia que en momentos de agitación emocional crea como un estado de confusión en la mente– no deja ver nada... Sin embargo, si uno consigue abstraerse de la obsesión interna y del estorbo exterior, el mar se convierte en un encantamiento, una insidiosa penetración lenta que deshace los sentidos en una delicuescente vaguedad». Nuestros cerebros reaccionan y cambian químicamente cuando nos encontramos cerca del agua, los niveles de dopamina, serotonina y oxitocina aumentan, mientras que el inductor del mal humor, el cortisol, se reduce. Nuestro cerebro reacciona de la misma manera cuando nos reunimos con alguien querido, tras una separación. Incluso el sonido del agua causa una reacción química en el cerebro. Para conocer hay que reconocer.

«Desaparecer en el agua profunda o desaparecer en un horizonte lejano, asociarse a la profundidad o a la infinitud; tal es el destino de

las aguas», escribe de nuevo Bachelard. Si todos los viajes son un regreso a casa, entonces, ¿es posible que el agua creara a los seres humanos como modo de transportarse a sí misma? ¿Somos sus recipientes húmedos, como esporas? Y si nuestro cerebro reacciona al sonido, a la vista del agua, ¿se debe a que en un nivel molecular ésta se reconoce a sí misma? Al igual que un bosque está contenido en una sola bellota, la totalidad de los planetas, las estrellas y las galaxias están contenidas en una sola gota de agua. El agua en nuestro planeta pasó veinte millones de años en el vacío del espacio tras haber sido arrojada por nuestro sol como nubes de polvo y hielo, sólo para pasar otros casi cinco mil millones de años transformando la tierra. El cerebro prefiere el color azul. El ojo puede ahora mirar por un microscopio, por un telescopio, y encontrar el infinito.

El hombre es el único ser capaz de utilizar «si» para cuestionar la realidad, con la esperanza de sobrevivir. El lenguaje de las aguas es una realidad poética directa, no sólo metafórica, pues hay una continuidad entre la palabra del agua y la palabra humana. El ideograma chino para el orden político se compone de los caracteres «río» y «dique», lo cual implica que quien controla el agua controla la sociedad. Dada la amplia destrucción del medio ambiente natural por la incapacidad humana de controlarnos a nosotros mismos, incluso a sabiendas de lo que estamos perpetrando contra nuestros lagos, ríos, mares y océanos, la única cuestión filosófica seria, como es bien sabido que afirmó Camus, es la del suicidio. ¿Por qué no podemos impedir nuestra propia destrucción? Podrá tratarse de una perogrullada, pero también se trata de percatarnos simplemente de algo tan real que está oculto a la vista de todos. «No puedo sentarme cerca de un río sin volver a encontrarme con mi dicha», afirma Bachelard. «El agua anónima sabe todos mis secretos. El mismo recuerdo surge de todas las Fuentes.»

Esto es agua. Y nunca nos sumergimos en el mismo texto dos veces.

Valerie Miles



© PAOLO MAGRIS

ACERCA DEL MAR

Claudio Magris

Es difícil, para un escritor, hablar de forma explícita y directa de los paisajes de su vida, del papel y la importancia que tienen en su existencia y en su escritura. Le resulta natural hablar de ellos indirectamente, evocarlos como fondo de una historia, describir concretamente, sensualmente, *aquel* paisaje ante el cual en *aquel* momento está delante. Afirmar todo esto de forma explícita corre el riesgo de sonar un poco a falso o por lo menos artificioso; una cosa es escribir un poema de amor a una persona que se ama y otra, en cambio, redactar una declaración programática, una definición del amor. Ése es el motivo por el que siento un cierto apuro al hablar del mar, fondo y horizonte fundamental de mi vida y de mis intentos de representar la vida, de mis pasiones, de mi historia y de mi historia compartida con las personas amadas, en primer lugar Marisa, mi mujer, que lo representó con tanta intensidad en su escritos. Además, en el trabajo de quien escribe, a un paisaje le cabe estar presente de forma directa, como objeto de descripción, o bien puede estar presente de modo indirecto, incluso sin que se le llegue a nombrar o representar nunca. Thomas Mann, que tanto amaba el mar, decía que éste, en su prosa, se había convertido en la «música del lenguaje», en el ritmo y el resuello de su estilo, y que por consiguiente estaba presente muy a menudo en su obra, si bien raramente descrito.

El agua, para mí, es sobre todo y en primer lugar, el mar. El mar está unido a mis primeros recuerdos de infancia. Es el mar de Bárcola, un barrio de Trieste, donde mi madre (a la que le gustaba también muchísimo) me llevaba cada día, desde mayo a octubre. Todavía hoy, cuando me encuentro en Trieste, no hay día, entre la primavera ya entrada y el comienzo del otoño, en que yo no vaya a esa orilla, aunque no sea más que media hora, y me dé un buen chapuzón. Me he impregnado de esa familiaridad con el mar desde la infancia, del sentimiento de su necesidad; el sentido de los largos veranos y de su apertura, de los colores, de los olores del verano, de su abandono y de su aventura, son para mí inseparables del mar. Creo que, para mí, ha sido fundamental la extraordinaria apertura del golfo de Trieste, un mar en sí mismo, modesto pero que proporciona el sentido de lo abierto, del horizonte ilimitado que parece preludiar a los otros mares más grandes y a los océanos.

El agua disuelve, libera de las obsesiones, corroe y borra fronteras. Su apertura no es solamente física, sino también cultural, humana: el golfo de Trieste se extiende desde Italia hacia Eslovenia y Croacia y aunque esas costas ahora eslovenas y croatas formaban parte tiempo atrás políticamente hablando de Italia y estaban pobladas por italianos, ese mar sugiere la idea del encuentro y la mezcla de culturas y civilizaciones, es el Adriático italiano (sobre todo véneto) y eslavo. Ese mar, mi mar, no es un mar de playas de arena sino un mar de peñascos y de rocas blancas, de aguas enseguida profundas e intensamente azules; es el extremo brazo del mar griego y dálmata que llega hasta Duino. Es el mar del golfo de Trieste que, cuando se llega desde occidente, a la altura de Sistiana, se abre de repente a la vida. Grande, como una stendhaliana *promesse de bonheur*, una promesa de felicidad que por un instante se identifica con Trieste y que Trieste se las arregla enseguida para desmentir, como ha sucedido tantas veces en la Historia. Ese mar triestino de Bárcola fue uno de mis primeros lugares infantiles de juegos y aventuras, y más tarde de los primeros encantamientos amorosos. Tal vez el primer recuerdo que tengo del mar es el de una playa istriana, la de Strugnano/

Strunjan. Yo era muy pequeño, hasta el punto de que en verdad no sé si soy yo el que recuerda ese episodio o si en cambio lo que en realidad recuerdo es el relato que oí de él. La playa es un horizonte que, incluso desde la perspectiva infantil, me parece inmenso; yo juego con un patito de goma, que las olas se van llevando mar adentro. Al oír mis lloros, mi padre se echa al agua para ir a por mi patito, pero las olas se lo llevan lejos, hacia un horizonte que a mí me parece lejanísimo, y me parece ver que hasta mi padre desaparece en ese horizonte, perdido en la inmensidad del mar, si bien me lo vuelvo a encontrar al poco en la playa, junto a mí, mientras me entrega el patito.

El mar de Trieste, de Istria, de Querso, el mar de Salvore, de Roviño, de Miholaščica han sido y por consiguiente son el paisaje de mi vida, de mi existencia compartida con Marisa, un paisaje inescindible del amor. En Salvore, que cierra el golfo de Trieste, transcurrí una de las temporadas fundamentales de mi vida y en Salvore se desarrolla en buena parte mi novela *Un altro mare (Otro mar)*; el mar de Querso está presente en mis *Microcosmi (Microcosmos)* y en otras páginas más, pero lo que más cuenta no es enumerar las ocasiones en las que he intentado representarlo, sino subrayar su continua presencia, su resuello, el mar como bajo continuo de la vida y de la escritura. Todo esto se ha visto favorecido también por el hecho de que Trieste, aun sin tener ciertamente un mar más hermoso que otras ciudades marítimas, sí que, debido asimismo a sus pequeñas dimensiones, permite, a diferencia de otras, una familiaridad directa con el mar, una cercanía y un contacto físico, una posibilidad de asistencia diaria. Entre los primeros días de mayo, a veces ya en abril, y los últimos días de octubre, basta tener media hora o tres cuartos de hora de tiempo, en la vida afanosa y condenada que nos vemos obligados a vivir, para llegarnos por ejemplo a Bárcola, tumbarnos un momento al sol en esa posición horizontal que es la más digna del hombre, zambullirnos en el agua y volvernos a casa. Y este contacto concreto, físico, cotidiano, te llena el día, pone la vida de alguna manera en la estela del mar, de su apertura, de su ventosa libertad.

Algunas veces, en esa costa, soy uno de los pocos que nadan, cuando el agua está todavía bien o ya bastante fría. El año pasado, por ejemplo, durante un día de abril, mientras salía del agua después de un breve chapuzón, en la orilla desierta había solamente una pareja, un jovenzuelo y una muchacha en una actitud afectuosa, que tenían puesto el traje de baño pero que no se habían metido en el agua. El jovenzuelo, tal vez envalentonado por mi ejemplo, se levantó y, a decir verdad con un paso más bien vacilante, se dirigió hacia las olas, a lo que yo le señalé con el dedo y le conminé: «¡No vaya a cometer una imprudencia! ¡Espere a tener setenta y cinco años!». En otra ocasión, mientras, tras cinco minutos de abandono, tendido, con los ojos cerrados al sol, me estaba levantando, una mujer que había venido a sentarse a pocos metros de mí y se preparaba para bajar también ella al agua, creyendo que me había despertado, se disculpó, y luego, como me hubiera reconocido, añadió, en dialecto triestino: «Usted, que es persona que piensa, necesita dormir». Naturalmente no me atreví a hablarle de mis muchos insomnios… El mar es asimismo ese abandono, es también ese sueño dulce, ese sueño que, junto a una larga vida, era la fórmula de la buena fortuna para los indígenas de Samoa, como recuerda Stevenson; ese sueño que, como decía Chesterton, indica un confiado abandono al mundo, y por consiguiente una fe en Dios, ese sueño como signo de armonía con el resuello de la vida que tanto envidiaba Kafka, ese sueño después del amor del que habla Singer en una bellísima página.

La dimensión marina constituye una de las dos almas de Trieste. Trieste, como sostiene uno de esos repetidos estereotipos que sin embargo encierran su verdad aunque la banalicen, es una encrucijada. No sólo una encrucijada entre el este y el oeste, como se ha subrayado en numerosas ocasiones, sino también entre el norte y el sur, entre una solaridad meridional y una melancolía nórdica. Por una parte está el mar, con la apertura cosmopolita característica de las civilizaciones marítimas, con su familiaridad con la amplitud del mundo, más a sus anchas con la vida; una civilización libre, desabrigada incluso desde el punto de vista físico. Por otra parte está el alma

mitteleuropea, la gran cultura triestina continental, gran laboratorio del malestar y del análisis del malestar de la civilización, el mundo que ha elaborado extraordinarias defensas y extraordinarios, obsesivos y peligrosos mecanismos de defensa; la civilización y la cultura de quien atraviesa la vida bien arrebujado en su *loden*, cerrado y protegido. Tal vez las dos profesiones que mejor han encarnado simbólicamente estas dos dimensiones de Trieste son, respectivamente, la de quien ha trabajado toda su vida en el mar (no hay casi familia en la que alguien no haya pasado su vida en el mar, incluida la mía) y la del empleado en las Assicurazioni Generali, destino, pese a su breve duración, que afectó hasta a Kafka (y también, una vez más, a mi familia).

La mejor literatura ha sentido preferencia por esta última dimensión *mitteleuropea* y continental, la cultura de quien se atrinchera contra la vida, que ha sentido con fuerza inusitada la carencia de la vida verdadera y ha intentado defenderse de ella burlándose irónicamente, como pone de manifiesto el extraordinario arte de Svevo. Pero también el alma acuática, marina de Trieste, con su sentido épico de apertura al mundo, ha conseguido encontrar sus escritores y sus poetas, desde algunas extraordinarias poesías de Saba y Marin hasta Stuparich, pasando por Quarantotti Gambini, por Mattioni, por Bettiza y otros más. Podemos encontrar asimismo un eco de esta dimensión marina en una literatura menor, en ocasiones escrita en dialecto, impregnada por un deleitable y sabroso sentido épico, por una familiaridad con la vida y con la muerte. Pero este mar mío ha hallado también en sus orillas orientales, dálmatas, a sus intensos e inolvidables poetas, autores croatas, como Marinkovič por poner un ejemplo entre otros. Mi *Danubio* es un viaje que atraviesa la *Mitteleuropa* continental, toda esa cultura atrincherada y arrebujada, amándola y viviéndola profundamente, pero también acuciado por una inmensa nostalgia del mar. El viaje danubiano concluye de hecho «*in tel mar grando*», en el mar e, idealmente, en la poesía de Marin, extraordinario cantor acuático, que lleva la batuta en la última línea de mi libro.

El mar, para mí, es por consiguiente antes que nada el mar concreto, físico. Pero es también un mar de papel, el mar recreado y reinventado por la mejor literatura; los dos mares se compenetran y se integran el uno al otro, uno no podría existir sin el otro y este último no estaría tan lleno de sentido y de significado si no existieran las palabras que han nacido de él y que al mismo tiempo lo hacen nacer. El libro más extraordinario jamás escrito, la *Odisea*, el relato del viaje a través de la vida, es impensable sin el mar, pero también el mar es impensable sin la *Odisea*. De esta forma puedo decir que he encontrado el mar no sólo en Bárcola, sino también en las aguas del *Corsario Negro* y de los *Piratas de la Malasia* de Salgari, que poco después se abrirían a las mucho más inmensas de Stevenson, de Conrad, de Melville y de tantos otros autores, incluidos los italianos, desde Verga a Comisso, pasando por Brignetti y La Capria y D'Arrigo. También Italia ha dado lo suyo a la literatura del mar.

El mar tiene un doble valor simbólico. Antes que nada representa la lucha, el desafío, la prueba, la confrontación con la vida, como emerge por ejemplo en muchos de los grandes relatos y novelas de Conrad. En la *Odisea* el mar es el horizonte, el paisaje imprescindible de la búsqueda de uno mismo y del significado de la vida. Por mi parte, yo tal vez sienta todavía más el mar como abandono, el mar vivido no en la posición erecta de la lucha y del desafío, sino en la tumbada del abandono; el mar como símbolo de la unidad de la vida a pesar de las laceraciones, de los naufragios y las tragedias; un mar misteriosamente sereno, enigmático símbolo de la nostalgia pero también de la satisfacción. El mar es ciertamente muchas cosas; es el Leviatán, el elemento hostil y poco de fiar; es el gran sudario que se extiende al final de *Moby Dick* y del canto de Ulises en Dante; es una gran escuela de humildad, es el mar que desgasta, ese mar que nos derrota, como dice N'toni en los *Malavoglia*.

El mar también es el símbolo de la unidad de la vida porque es nuestro antepasado imaginario, una especie de abuelo que nos ha tenido sobre las rodillas. Por mucho que a menudo lo olvidemos,

provenimos del mar como individuos y como especie; aprendemos a nadar antes que a caminar, en las primeras semanas de vida en las entrañas de la madre. Nuestro cuerpo está hecho en buena parte de agua. El mar es lo más antiguo y poderoso, como dice Hesíodo, y yo no me cansaría nunca de mirarlo, de escucharlo; es una infancia individual y coral, que a menudo muchos olvidan, igual que se olvida la infancia, entregándose de ese modo a la muerte.

Precisamente porque siento con tanta hondura la sombra, la oscuridad, la nada, la laceración irremediable que hace dudar de la unidad de la vida, el mar me ha ayudado a encontrar esta última también en los momentos más oscuros. En los últimos meses, antes de morir, Marisa me decía que fuese cada día al mar, aunque no fuera más que durante media hora, que lo hiciera también por ella, y pocas semanas antes de su muerte, con el tono de desafío con el que se habla de algo que nadie podrá jamás quitarnos, dijo: «Hemos tenido nuestro verano», porque un poco antes, a primeros de junio, habíamos pasado unos días incorruptibles en el mar de Miholaščica en Querso.

El mar es también el símbolo de lo que Michelstaedter llamaba persuasión, tal y como traté de contar en mi novela *Un altro mare (Otro mar)*. Persuasión significa posesión presente de la vida de uno; capacidad de vivir el instante, y no solamente los momentos privilegiados y excepcionales, sin sacrificarlo al futuro, sin aniquilarlo en proyectos y programas, sin considerarlo simplemente como un momento que hay que hacer que pase lo antes posible, para alcanzar otra cosa distinta.

Casi siempre, en nuestra existencia cotidiana, nos sobran razones para esperar que ésta pase lo más rápidamente posible, que el presente se convierta pronto en futuro, que el mañana llegue cuanto antes, porque esperamos con ansia una respuesta del médico, el resultado de las elecciones, el comienzo de las vacaciones, y de este modo vivimos no para vivir, sino para haber vivido ya, para estar ya muertos. El mar es por el contrario el símbolo de la vida que se basta a sí misma, del puro presente, como es la vida para los niños; cuando

se mira el mar, cuando se le escucha, cuando se oye el murmullo de su resaca, no se desea que el tiempo pase pronto, no se desea nada que no sea ese mismo presente, ese resplandor y ese murmullo de las olas.

Tal vez por eso decía Thomas Mann que el amor al mar es también amor a la muerte, es decir, a aquello que trasciende la individualidad. El mar es asimismo –y así lo siento yo muy a menudo– una promesa de vida verdadera, de aquello que la vida podría y debería ser; una promesa que se hace insoportable, porque hace sentir todavía con mayor crueldad todo aquello de lo que carece la vida, todo aquello que nos falta, y por consiguiente nos empuja a huir de él, de la misma forma que en ocasiones se puede huir de un gran amor que, precisamente porque es tal, resulta insoportable. Del espejo del mar, como he intentado decir en mi *Microcosmi (Microcosmos),* emerge y nos sale al encuentro nuestro rostro más verdadero, una promesa de felicidad siempre desmentida y nunca renegada, custodiada en lo más hondo y convertida en la verdad más profunda de cada uno de nosotros; el rostro de la infancia no surcado todavía por todo aquello que la vida nos arranca y se lleva, el recuerdo, como afirma un personaje de Kipling, de haber sido alguna vez dioses.

El mar tiene naturalmente sus horas, sus estaciones; está el mar todavía pardo de la mañana, el mar plano y en calma y el mar movido, el inmenso mar inmóvil del mediodía y el mar de la tarde, mar de Calipso. El mar azul, azul turquesa, añil, gris, plomizo, negro. Como es natural cada uno tiene sus predilecciones y sus amores. Yo amo sobre todo el mar de la tarde y sobre todo amo el mar inmóvil, plano, mucho más misterioso que el pintoresco mar tempestuoso, precisamente porque el misterio estriba en la seducción de su serenidad, que sin embargo cubre tantas lacerantes tragedias. Esa planicie del mar es épica, es decir, da el sentido del resuello de la vida, unitario a pesar de todas las escisiones. Es el elemento homérico de la vida y de la narración; ese balanceo del mar que Thomas Mann percibía en la prosa de una novela no precisamente marítima por lo que

a los paisajes y contenidos se refiere como *Guerra y paz*, pero al mismo tiempo marítima en cuanto homérica como pocas otras en la literatura moderna. ■

Traducción del italiano de J. A. González Sainz

COLABORADORES

El narrador y ensayista colombiano **Héctor Abad Faciolince** (1958, Medellín) publicó en 2006 un memorial sobre su padre, *El olvido que seremos* (Seix Barral), cuyo reconocimiento internacional arrojó luz sobre el resto de su abundante obra, la cual incluye *Asuntos de un hidalgo disoluto*, *Fragmentos de un amor furtivo*, *Basura*, *Palabras sueltas*, *Angosta*, *Traiciones de la memoria* y *Testamento involuntario*, entre otras. Su novela *La oculta* (Alfaguara) vio la luz en 2014.

Gabriela Alemán (Río de Janeiro, 1968) es narradora, ensayista y dramaturga ecuatoriana. Sus cuentos están reunidos en los volúmenes *Maldito corazón*, *Zoom*, *Fuga permanente*, *Álbum de familia* (Cadáver Exquisito) y recientemente *La muerte silba un blues* (Random). Escribió para el teatro *La acróbata del hambre*. Y también las novelas *Body time* y *Poso Wells* (Eskeletra).

Anna Badkhen (Leningrado, 1976) es una periodista rusa que escribe sobre sociedades bajo regímenes autoritarios y en conflicto bélico. Fue corresponsal en Irak y Afganistán. Sus libros, como *Waiting for the Taliban* [A la espera de los talibanes], *The World Is a Carpet: Four Seasons in an Afghan Village* [La vida es una alfombra: cuatro estaciones en un pueblo afgano], así como *Walking with Abel* [De paseo con Abel] permanecen inéditos en español.

Basilio Baltasar (Palma de Mallorca, 1955) reside en Madrid. Escribió la novela y fábula mítica, *Pastoral iraquí* (Alfaguara) en 2013. Astuto animador cultural y articulista, ha sido también editor de la editorial Bitzoc, así como director de Seix Barral y en la actualidad de la bitácora literaria colectiva *El Boomeran(g)*. El cuento que aquí se recoge ha de leerse con especial atención política.

El narrador y periodista inglés **Bruce Chatwin** (Sheffield, 1940 - Niza, 1989) es todavía uno de los indiscutidos maestros de la crónica de viaje. Sus obras más conocidas son *En la Patagonia*, *Los trazos de la canción y Anatomía de la inquietud* (primero publicadas en español por Mario Muchnik). Su novela *Colina negra* obtuvo el premio James Tait Black en 1982.

La obra de la excepcional cuentista estadounidense **Lydia Davis** (Northampton, 1947) había permanecido inédita en español, salvo por *Samuel Johnson está indignado* (Emecé), hasta la compilación de *Cuentos completos* (Seix-Barral). Su única novela, *El fin de la historia,* fue publicada en 2014 (Alpha Decay). Es también traductora de Proust, Flaubert, de Blanchot y Leiris. En 2013 recibió el premio Man Booker por su trayectoria.

La narradora y ensayista chilena **Diamela Eltit** (Santiago de Chile, 1949)

es autora de *Una milla de cruces sobre el pavimento*, de la celebrada novela *Lumpérica*, así como de las innovadoras *Mano de obra*, *Impuesto a la carne*, y recientemente *Fuerzas especiales* (Periférica), entre otras. Ha sido profesora invitada en las universidades de Columbia, Berkeley, Stanford y Johns Hopkins. Actualmente es profesora de escritura creativa en la Universidad de Nueva York.

Arturo Fontaine (Santiago de Chile, 1952) publicó su primera novela *Oír su voz* en 1992. En la última década del siglo pasado publicó varios poemarios, entre ellos, *Tu nombre en vano* y novelas como *Cuando éramos inmortales*. Ensayista, y durante muchos años director del Centro de Estudios Públicos de Chile, es uno de los máximos representantes de la nueva narrativa chilena de los noventa. Su novela más reciente, *La vida doble* (Tusquets), recibió el elogio unánime de la crítica. La narración que se recoge en estas páginas es parte de una novela en cierne.

Rebecca Giggs (New South Wales, 1982) es una ensayista y narradora australiana que principalmente escribe sobre temas de medioambiente, ecología y animales, política y memoria. Sus cuentos se han publicado en revistas y en antologías. Es docente del departamento de inglés de la Universidad Macquarie, donde imparte clases de escritura.

Carla Guelfenbein (Santiago de Chile, 1959) publicó *El revés del alma*, su primera novela, en 2000. Su obra (siempre en Alfaguara) incluye las novelas *La mujer de mi vida*, *El resto es silencio* y *Nadar desnudas*. La más reciente, *Contigo en la distancia,* obtuvo el premio Alfaguara 2015. Su obra está traducida a múltiples idiomas.

Patricia Highsmith (Fortworth, 1921 - Locarno, 1995) obtuvo lo largo de su carrera incontables premios por sus perturbadoras novelas (todas en Anagrama) que trascienden el género meramente policiaco y de suspense. Entre su muy abundante obra destacan *Extraños en un tren*, *El amigo americano*, *El precio de la sal* y *El talento de Mr. Ripley*, su célebre personaje protagonista de incontables ficciones.

El narrador húngaro **László Krasznahorkai** (Gyula, 1952), otro de los grandes viajeros publicados en este número, es autor de *Melancolía de la resistencia*, *Al norte la montaña, al sur el lago, al oeste el camino, al este el río*, *Guerra y guerra*, *Ha llegado Isaías, Y Seiobo descendió a la Tierra* (2015), entre otras obras (todas en El Acantilado). Sus primeras novelas incluyen *El prisionero de Urga*, *Circunstancias de gracia* y *Tango satánico,* cuya adaptación cinematográfica fue dirigida por Bela Tarr. El conjunto de su obra fue merecedora del premio Kossuth

en 2004, y del premio Man Booker International en 2015.

Eduardo Lago (Madrid, 1954) reside en Nueva York y es profesor en Sarah Lawrence College. Mereció el premio Bartolomé March de crítica por *El íncubo de lo imposible*, un análisis comparativo de las traducciones al español del *Ulises*. Es autor de varios libros de cuentos, y su primera novela, *Llámame Brooklyn* (Malpaso) obtuvo numerosos reconocimientos, entre ellos, el premio Nadal, el de la Crítica y el Ciudad de Barcelona. Fue director del Instituto Cervantes de Nueva York. Su novela más reciente es *Siempre supe que volvería a verte. Aurora lee* (Malpaso).

Claudio Magris (Trieste, 1939) es catedrático de literatura germánica en la Universidad de Trieste. Buena parte de su obra es una confabulación de los géneros de ensayo, narrativa y literatura de viajes, y es ya referencial en las letras mundiales contemporáneas. Entre sus libros destacan (casi todos en Anagrama) *Conjeturas sobre un sable, Otro mar*, *Microcosmos, A la ciega, La historia no ha terminado*, y entre ellos su «novela sumergida», la modélica *El Danubio*. Ha recibido el premio Erasmus y el premio Leipzig en 2001, la medalla de oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid en 2003 y el Príncipe de Asturias de las Letras en 2004.

La obra de la narradora española **Marina Perezagua** (Sevilla, 1978) ha sido recibida con inmediato entusiasmo por la crítica, desde sus colecciones de relatos *Criaturas abisales* y *Leche* hasta su reciente primera novela *Yoro* (2015, todas en Libros del Lince), compleja indagación y panorama sobre la identidad emocional y sexual contemporáneas. Reside en Nueva York.

Viajera vertical, e influida por Berger, Benjamin y Jabès, la obra de **Cynthia Rimsky** (Santiago de Chile, 1962) comprende obras siempre derivadas de ese nomadismo, del fracaso de la pertenencia: *Poste restante*, *Los perplejos* (Sangría), *La novela de otro* y *Ramal* (Fondo de Cultura Económica). Ya en 1995 obtuvo el premio Gabriela Mistral por el relato *El aliento de Fátima* (*Las mujeres cuentan*. Simplemente Editores).

Santiago Roncagliolo (Lima, 1975) radica en España desde el año 2000. Su novela más celebrada, *Abril rojo*, de trasfondo político peruano, mereció el premio Alfaguara en 2006. El caso de la casi increíble censura de su obra *Memorias de una dama*, retrato de la poderosa familia Barletta de la República Dominicana, pasará a la historia de la infamia editorial y moral. Su obra más reciente, *La noche de los alfileres* (también en Alfaguara), es una novela de iniciación

a la violencia. En 2010 esta revista lo eligió uno de los mejores narradores jóvenes de lengua española.

Álvaro Soler Arpa Graduado en Dibujo en la Escuela de Artes y Oficios de Olot e Ilustración en la Escuela Llotja de Barcelona. Después de una trayectoria profesional de quince años en el ámbito de la publicidad y en el cine, dibujando shooting boards para directores como Woody Allen (*Vicky Cristina Barcelona,* 2008), Alejandro Gónzález Iñárritu (*Beautiful*, 2010) o J.A. Bayona (*The Impossible,* 2011), empieza a desarrollar un trabajo vinculado a las artes plásticas. Combina el conocimiento de la anatomía y del dibujo con su interés hacia las formas orgánicas, focalizando la atención en procedimientos escultóricos e instalativos.

Sony Labou Tansi (Kinshasa, 1947 - Brazzaville, 1995) fue un narrador, dramaturgo y poeta congolés. Su obra se inscribe en el contexto de la transformación del Congo Belga a la República Democrática del Congo. Sus obras más destacadas son la novela *El antipueblo*, por la que recibió el Gran Premio Literario de la África Negra, y *Las siete soledades de Lorna López* (ambas en El Aleph), ganadora de la Palme de la Francophonie.

Jeanette Winterson (Manchester, 1959) publicó en 1995 su primera novela, *Fruta prohibida*, muy elogiada por la crítica, y a la que han seguido más de veinte libros, entre ellos novelas, recopilaciones de cuentos y una memoria en la que detalla su infancia con unos padres adoptivos y conservadores. Su novela más reciente en español, de 2013, es *La mujer de púrpura* (Lumen). Fue condecorada en 2006 con la Orden del Imperio Británico.